

LA SUPERACIÓN DEL ESCEPTICISMO

PÉREZ CHICO, D. y MAYORAL, J.V. (eds.): *Wittgenstein. La superación del escepticismo*, Madrid, Plaza y Valdés editores, 2015, 286 pp.

El conocimiento sobre el conocimiento puede considerarse sin titubear una de las grandes preocupaciones de la filosofía a lo largo de su historia. Su naturaleza, su justificación, e incluso su mera posibilidad han guiado el ejercicio filosófico hasta constituirse como una rama filosófica específica, que a grandes rasgos podemos resumir como epistemología. Afortunadamente, el debate sigue sobre la mesa lejos de avecinarse su ventura. Una de las grandes consideraciones al respecto durante el siglo xx se encuentra en *Sobre la certeza* (1969; SC de aquí en adelante), de Ludwig Wittgenstein. Quizá para lectores tangentes a la literatura wittgensteiniana, esta obra haya quedado a la sombra de los archiconocidos *Tractatus* (1921) e *Investigaciones filosóficas* (1953). La versión más extendida es partidaria de que cada uno de estos dos libros dio comienzo a dos etapas diferenciadas en el pensamiento del filósofo austriaco; de inspirar al positivismo lógico, a postular una alternativa convencionalista. Sin embargo, no resulta ni mucho menos descabellado discutir la existencia de un «tercer Wittgenstein» con la publicación de SC. La obra que nos concierne, *Wittgenstein. La superación del escepticismo* (2015), pone en esta etapa final su foco de atención, reivindicando la existencia genuina de un argumento fundamentalista frente al escepticismo, por parte de Wittgenstein, que no puede ser comprendido desde las dos etapas anteriores. *La superación...* constituye una compilación de los resultados del seminario internacional «Wittgenstein's *On Certainty*: Sceptivism, Normativism and Relativism», celebrado en 2011

en la Universidad de Zaragoza. En este ciclo de conferencias se dan la mano epistemología, lingüística, neurociencia, filosofía de la ciencia y política con el fin de determinar la postura wittgensteiniana ante la pregunta escéptica por la justificación del conocimiento e indagar en las consecuencias epistemológicas de lo escrito en SC. Veamos, pues, una por una, las aportaciones pertinentes.

En una digerida introducción, David Pérez Chico plantea el problema central del que se ocupa SC: la justificación de ciertas proposiciones que asumimos como verdaderas sin un fundamento fehaciente, pero sin las cuales nuestras prácticas epistémicas carecen de sentido. La elucidación wittgensteiniana parte de ciertas proposiciones analizadas por George Edward Moore en «Proof of an external world» y «A defence of common sense» (1959) del tipo «la Tierra ha existido mucho tiempo antes de que yo naciera» y «tengo un cuerpo». Para Moore, estas proposiciones son innegociablemente verdaderas. Ahora bien, no se trata de que no podamos dudar de su verdad en base a criterios de demarcación racionalmente establecidos; más bien, esta serie de enunciados no son susceptibles de duda porque funcionan como las *bisagras sobre las que giran la duda y la justificación*. Wittgenstein afirma en SC que las proposiciones de Moore (creencias-gozne, de aquí en adelante) son significativas, y que nuestras prácticas y usos del lenguaje cotidianos se articulan presuponiendo su veracidad. Pero reconoce al mismo tiempo que la duda escéptica tiene sus razones de ser: las verdades de las que hablamos son estipuladas; en un sentido amplio, indemostrables. Quizá porque el abismo que conecta el lenguaje con el mundo es indeterminable; o quizá no requieran explicación siquiera, dada la efectividad prag-



mática de nuestros usos del lenguaje y el grado de consenso general que caracteriza el uso de las lenguas. En cualquier caso, lo cierto es que no aceptar las creencias-gozne como verdaderas supone caer en un contrasentido. Este es sin duda un corolario asequible de la lectura de SC, pero no un argumento suficiente para sostener una perspectiva fundamentalista. Estamos ante un círculo vicioso, bastión del ataque escéptico, y, cuando menos, punto de partida del análisis de Wittgenstein.

Modesto Gómez-Alonso recapitula en el primer capítulo, «¿Luchando contra molinos de viento? Ilusión y realidad del escepticismo en *Sobre la certeza*», cuatro interpretaciones posibles de SC, para más adelante enarbolarse su posición al respecto. En líneas generales, ante la pregunta ¿qué defiende Wittgenstein en SC respecto a las creencias-gozne?, las posibles respuestas son: 1) un realismo interno, 2) una posición naturalista, 3) una perspectiva compatibilista, o bien 4) una aproximación a ciertos argumentos trascendentales. Gómez-Alonso pretende ir un paso más allá. De acuerdo con su descripción, las creencias-gozne tienen un carácter primitivo, por lo que su justificación no es reprochable desde el contexto reflexivo del escepticismo. Fundamentalismo y escepticismo no son, en realidad, posiciones enfrentadas en torno al concepto de certeza, sino dos momentos constitutivos de la posibilidad de significar. Como señala el autor, la solución propuesta por Saul Kripke apunta hacia esta dirección: a reformular la pregunta escéptica en términos que la teoría del significado pueda contrarrestar; esto es, desviar la cuestión escéptica desde los hechos (ante los cuales la conexión entre términos y realidad no puede dar razones más allá de su autoevidencia) a los mecanismos por los que se dota a los términos de significado, remitiendo en última instancia a las formas específicas en que se dan las convenciones lingüísticas de acuerdo a una forma de vida determinada. Al final del capítulo, Gómez-Alonso perfila una respuesta al escepticismo que conjuga el «primitivismo wittgensteiniano» con la autoridad del cogito cartesiano, haciendo que el peso de la justificación recaiga sobre el escéptico. El cogito cartesiano es un hecho también primitivo; no necesita demostrarse en base a criterios

empíricos. Su solidez referencial es justificación suficiente. En este contexto, la duda escéptica es válida hasta un determinado nivel: siempre y cuando su radicalidad no rebase los márgenes de la racionalidad, que con Wittgenstein se establecen en las creencias-gozne. Más allá, el escepticismo carece de razones. En otras palabras: el escepticismo viola las reglas de los juegos del lenguaje al superar lo razonable (como un cogito que tratase de convencerse de que no es él el que duda), y por ende es lógicamente insostenible.

En el segundo capítulo, «Escepticismo, falibilismo y certeza. Una reflexión en torno a Wittgenstein», Ángel Manuel Faerna persevera en el ejercicio de contextualizar al Wittgenstein de SC, esta vez a partir de una tipología propuesta por William James. En la disputa sobre la posibilidad de un metaconocimiento encontramos a los dogmáticos y a los escépticos polarizando las opiniones. Entre los primeros, destacan los absolutistas, por un lado, y los empiristas, por otro, según la severidad de sus juicios acerca de dicha posibilidad. La cuestión a elucidar se torna evidente: ¿dónde colocar a Wittgenstein en este mapa conceptual? Resulta fascinante cómo una cuestión tan explícita es, al mismo tiempo, tan difícil de responder. Faerna comienza destacando las pesquisas contrarias al escepticismo de SC de las que, sin embargo, no puede deducirse de forma clara la posición wittgensteiniana. El pragmatismo –como nexo entre el dogmatismo y el empirismo– aparece como un dulce acuerdo mutuo que parece poner calma a la inestabilidad suscitada por el escepticismo, pero Faerna trata de dar un paso más –sin aventurarse, no obstante, a explorar una valoración definitiva–. Su objetivo es dar cuenta de una visión que respalde el sentido común, esto es, las recurrentemente mentadas proposiciones, sin tener que remitirse a un concepto como el de certeza que administra las perspectivas en dos bandos irreconciliables bajo su filtro. La solución que se vierte, pese a sus inconvenientes, aspira a explicar el conocimiento desde una perspectiva empirista al mismo tiempo que aporta una explicación holista y pragmática en lo tocante a la justificación. Faerna consigue así perfilar, a partir de la taxonomía de James, una salida afortunada a la encrucijada entre el dogmatismo absolutista y el escepticismo radical.



En el tercer capítulo, «La novedad de la “certeza” de Wittgenstein. La tenacidad es consistente con la temporalidad», Joseph Greenberg pretende demostrar, a partir de los conceptos de tenacidad y temporalidad, que de acuerdo con Wittgenstein, uno puede rechazar categóricamente los intentos escépticos de refutar ciertas proposiciones aun cuando sea posible que estas sean erróneas. Nuestro autor denomina tenacidad al estado mental de certidumbre depositado en las creencias-gozne. Como contrapartida, define temporalidad como la convicción de que dichas proposiciones pudiesen ser negadas por la evidencia en un futuro. ¿Estamos legitimados a creer en dichas proposiciones, que consideramos ciertas, aun siendo conscientes de que pueden ser desmentidas? La respuesta de Greenberg, tras un metódico y analítico argumento, es afirmativa. Una de las claves de su argumento es la diferencia entre «tener la certeza de que p », y «saber que p ». Resumiendo el ejemplo que ilustra su teoría, un sujeto al que se le otorga una moneda en condiciones determinadas en las que la moneda puede no ser auténtica, puede tener la certeza de que p (siendo aquí p «la moneda es auténtica»), sin saber 1) si la moneda es o no es auténtica, y 2) siendo consciente de que puede ser el caso que $\neg p$. Es por ello por lo que no hay contradicción en sostener tenazmente que p , ante cualquier evidencia, conociendo la falibilidad potencial de p .

Con Martin Kusch al timón comienza «Wittgenstein y los relojes de Einstein», capítulo en el que se sugiere una lectura de SC desde las lentes de la metrología de Albert Einstein. Las metáforas y analogías metroológicas constituyen un elocuente recurso ya en los primeros escritos de Wittgenstein que le acompañará a lo largo de su trayectoria. Kusch presenta las más recurrentes y de mayor potencial heurístico. La primera y más importante es la «teoría lingüística de la relatividad», que tiene que ver con la idea de que solo en una comunidad lingüística tiene sentido la aplicación individual de las reglas que determinan el significado, de igual manera que, aunque mirando un reloj (reglas) podemos conocer la hora (significado), no es el reloj el que determina qué hora es, sino el acuerdo simultáneo (comunidad) de todos los relojes que marcan una misma hora. Destaca también la analogía metroológica

para distinguir entre proposiciones gramaticales y empíricas. El último apartado del capítulo es especialmente interesante. En él, Kusch investiga la influencia de la teoría de la relatividad en la postura antiescéptica representada por Wittgenstein, en la que la duda radical es un gesto vacío: un jugador tramposo que ataca las reglas del juego incumpléndolas, desde el propio juego, bajo el aspecto de la inteligibilidad. No queda claro hasta qué punto la analogía es una interpretación, de esas a las que la filosofía es propensa en ocasiones, o una influencia real que dormita en el origen de SC. De cualquier forma, aclararlo no es el objetivo de un capítulo que, como el propio Kusch reconoce, nos deja en la puerta de entrada a una ilusionante ampliación del tema.

En el quinto capítulo, «Kuhn y Wittgenstein. Objetividad con rostro humano», por Danièle Moyal-Sharrock, la relación entre Thomas S. Kuhn y Wittgenstein se presenta nuclear. Su objetivo es estudiar las similitudes entre las caracterizaciones de ambos autores a la hora de comprender el mundo, basándose en la noción de *humanización de la objetividad no absoluta*. Esta humanización puede entenderse como un proceso que, a juicio de la autora, se desarrolla en ambas concepciones; en el caso de Kuhn, al mostrar que la fuerza que impulsa la generación de conocimiento científico no es eminentemente proposicional, sino más bien histórica bajo la atmósfera de una matriz disciplinar; en cuanto a Wittgenstein, al entender que el ímpetu que nos lleva a defender nuestras creencias más básicas es también una forma no proposicional y no epistémica de conocimiento, ligada a la cultura y a lo humano tanto como la ciencia a su matriz. En este sentido, la objetividad no es cuestión de la lógica natural de los fenómenos, sino en un sentido amplio, una cuestión humana. Kuhn y Wittgenstein comparten multitud de opiniones al respecto; de eso no hay duda, y Moyal-Sharrock pone dedicación en demostrarlo respondiendo lúcidamente a los tres mayores problemas a los que los dos autores han de hacer frente. Estos son: el problema de la inconmensurabilidad, el idealismo lingüístico y el relativismo conceptual. La autora emprende un camino paralelo en que recorre las ideas de ambos, dando luz a los numerosos puntos de encuentro que le llevan a la ya





nominada conclusión de que tanto Wittgenstein como Kuhn están en la génesis de una filosofía de la ciencia y epistemología *humanizadas*. Cabe destacar las estrechas relaciones que establece entre las renombradas creencias-gozne y una noción global de paradigma, en el sentido de trasfondo de creencias compartidas que dotan de un marco de justificación a los enunciados.

Nuevamente Kuhn es protagonista en el sexto capítulo del libro, titulado «Significado, conocimiento y creencia en Kuhn. La influencia de Wittgenstein y Austin», redactado bajo la pluma de Juan Vicente Mayoral. El autor defiende que las aproximaciones de Kuhn a la filosofía de Wittgenstein son cruciales no solo en *La estructura de las revoluciones científicas* (1962), donde las referencias son explícitas, sino a lo largo de su trayectoria. La aproximación kuhniana al antirrealismo, considerada el detonador del ocaso del empirismo lógico, comienza con una lectura débil del criterio de demarcación empirista que le permite ampliar el abanico de enunciados significativos, y en la que la subjetividad –que Kuhn entiende como un tipo de inclinación emotiva– cobra un papel esencial. En el desarrollo de esta caracterización, que culmina con *La estructura...*, adopta la concepción de Wittgenstein del uso del lenguaje como práctica, y la aplica a su comprensión del mecanismo de adquisición de conocimiento científico. Desde este momento Mayoral estudia las conexiones entre la concepción del núcleo duro del lenguaje científico en Kuhn y las creencias-gozne interpretadas por Wittgenstein. Las conclusiones kuhnianas son semejantes a las del filósofo austriaco: el uso de un juego del lenguaje es análogo al aprendizaje por aplicación ostensiva del lenguaje científico. El significado de los términos (científicos, en el caso de Kuhn) se aprende pragmáticamente. En cuanto al conocimiento, en ambos autores se caracteriza por no ser cuestionado y ser el núcleo semántico del lenguaje del que derivan el resto de creencias. El conocimiento para Kuhn, de forma similar a Wittgenstein, depende en alto grado del manejo especializado del lenguaje que ejerce un sujeto en una comunidad determinada, o equivalentemente, de si es conocedor de su uso. Esta tesis acerca del conocimiento se reafirma en la teoría de Austin, tal y como fielmente recoge Ma-

yoral, y nos permite responder positivamente a la polémica pregunta: bajo la concepción kuhniana, ¿existe desarrollo del conocimiento científico?

Los dos últimos capítulos del libro, conducidos por José María Ariso y Stella Villarrea respectivamente, presentan enfoques interpretativos que se sirven de SC como anclaje. En «La neurociencia también tiene límites. Réplica a una profecía de Dennett sobre la revelación científica de nuestros propios sueños», Ariso problematiza una de las proyecciones más esperanzadoras de la neurociencia: la emergencia de una neurocriptografía; en otras palabras, la posibilidad de leer los sueños. El debate se traslada a si realmente conocemos el sueño *per se*, o bien una reinterpretación del sueño que pueda introducir, de una forma u otra, el error en nuestra percepción del sueño. De cualquier manera, el lector encara aquí una profunda reflexión sobre el significado del sueño; desde su particular relación con el estatus de lo real a los conflictos epistemológicos de la supuesta neurocriptografía: ¿qué es lo que estamos conociendo cuando leemos un sueño? ¿Existe alguna diferencia entre el sueño real y el sueño leído? Y lo más tocante al tema que nos concierne: ¿cómo referir a los sueños?

Por último, Villarrea reivindica en «Normatividad y praxis en el uso emancipatorio del lenguaje. Aproximación desde la certeza en Wittgenstein» una elucidación del concepto de racionalidad desde la comprensión conceptual del lenguaje en Wittgenstein. La autora rastrea un foco de resistencia feminista a partir de una crítica al lenguaje reductivista dominante. Desde esta perspectiva, el lenguaje es interpretado como un territorio dominado por varones, desde el cual la liberación feminista al sometimiento y discriminación se considera imposible. Una apertura feminista del espacio conceptual se presenta como solución. Villarrea analiza la posibilidad de un «lenguaje de mujeres», recogido en la corriente postestructuralista, y lo hace precisamente desde la misma posición desde la que Wittgenstein analiza el escepticismo. Es decir: la mera idea de creer entender un «lenguaje de mujeres», desde un «lenguaje de hombres» al cual es contrario, es análogo a refutar las creencias-gozne desde una perspectiva escéptica. O lo que es lo mismo, usando las herramientas wittgensteinianas, las

tesis del «lenguaje de mujeres» son rebatibles de igual modo que lo es el escepticismo. Consecuentemente, la autora concluye que de lo que se trata es de renovar el sentido de conceptos, de iluminar su uso desde nuevas perspectivas, sin traicionar las reglas que conforman los juegos del lenguaje. Así, Villarrea aplica su análisis exponiendo una serie de términos relacionados con el parto, a los cuales, afirma, la filosofía deja de lado, y que, reinterpretados, nos aventuran a una posición reivindicativamente feminista.

El libro que hemos considerado constituye sin duda un buen volumen para cualquiera que esté interesado en la obra de Wittgenstein a todos los niveles: para púgiles adiestrados en materia

wittgensteiniana, pero también para aquellos que buscan entrenamiento antes de enfrentarse cara a cara con una de las grandes aportaciones a la epistemología del siglo xx. Aunque lo más importante es que tras la lectura de *Wittgenstein. La superación del escepticismo*, el lector queda provisto de nuevos y afilados argumentos de gran utilidad ante el reto escéptico en general, que impelen a la reflexión racional en cualquier disciplina que crea tener la última palabra sobre la certeza.

Mariano Sanjuán Salinas

marianosanjuansalinas@gmail.com

DOI: <http://doi.org/10.25145/j.laguna.2018.42.008>

